

semejante al que, hace veinte siglos, afrontaron los primeros cristianos según refiere la carta a Diogneto: "Lo que es el alma en el cuerpo son los cristianos en el mundo". Tal es el reto, el de infundir un alma al mundo neopagano del siglo XXI.

Durante dos mil años —con palabras de Chesterton (***)—: "El pastor cristiano (el Papa) no tiene que pastorear rebaños de corderos, sino manadas de toros y tigres, de ideas terribles y voraces doctrinas, cada una de las cuales se hubiera podido erigir en falsa religión corrompiendo el mundo para siempre". Sin embargo, "a mis ojos, aparece el carro celeste (la Iglesia) volando entre los siglos con cortejo de truenos, torciéndose abajo las torpes herejías; pero en el carro está; revuelta aunque siempre firme, la verdad".

En suma, un libro escrito por un gran especialista en Historia de la Iglesia que, sin ocultar dato alguno respecto a la crisis eclesial, está lleno de optimismo cristiano. No en balde aparece en el año dedicado por Juan Pablo II al Espíritu Santo y es Él quien, en definitiva, conduce a la Iglesia.

JAVIER NAGORE YÁRNOZ

Luis González Antón: ESPAÑA Y LAS ESPAÑAS (*)

El autor de este libro pretende *reivindicar* esa realidad que es España, fraguada en el transcurso de los siglos, y desvelar los errores y prejuicios con los que no pocas veces el español suele contemplar su pasado y juzgarse a sí mismo.

Aunque quizás resultase algo improcedente en un libro estrictamente de historia, en las páginas de este libro no aparece directamente si dicha *reivindicación* se basa en el deber de las familias en mantener y continuar el legado de sus mayores, o

(***) *Ortodoxia*, Espasa-Calpe, 1939, págs. 202-203.

(*) Ed. Alianza Editorial, Madrid, 1997, 815 págs., 1.700 ptas.

bien se funda en la evolución histórica y en una actitud antinacionalista en cuanto expresa un mundo burgués.

Esta ambiciosa pero interesante obra supone una síntesis de divulgación general sobre la Historia de España desde su aparición en los albores de la Historia hasta la actualidad.

La finalidad. La *perspectiva* del autor abarca uno de los temas más candentes en la actualidad: los nacionalismos disgregadores de la unidad de España. El énfasis otorgado a la actual situación permite inducir que el autor de este libro ha querido explicar desde el pasado el problema de los nacionalismos del presente, utilizando así un *presentismo* histórico para aclarar lo que hoy se debate.

El autor ha otorgado a su obra un fin práctico, toda vez que "no ha logrado terminar el debate sobre la *estructura política territorial* que requiere España", esto es, la construcción del estado autonómico. Desde este punto de vista, el alcance del libro es bastante pobre, pues no va más allá de lo fenomenológico hasta rayar en lo superficial.

* * *

El método. Aparte de la labor empírica de aportación de datos, desde una perspectiva metodológica es llamativa la visión reduccionista, clasista y contradictoria del pasado de la que hace gala el autor, así como también su interpretación racionalista, dialéctica y combativa, tanto sobre la historia de España —considerada al parecer producto de la Historia, con mayúscula— como sobre el nacionalismo periférico, su contradictor.

La carencia de fuentes primarias resta originalidad y novedad a la esmerada síntesis que supone este libro. Obra meramente expositiva con interpretaciones reiterativas no exigidas por los datos, este libro adolece de falta de profundidad por diversos motivos. Entre éstos puede citarse el adagio de que el "quien mucho abarca poco aprieta", el uso exclusivo y recurrente de fuentes bibliográficas, la utilización del argumento de autoridad, la omisión de estudios que no corroboren las propias afirmaciones, y tomar del pasado únicamente lo que interesa para así

defender la tesis que se desea demostrar. Lógicamente, esto no justifica el relleno de páginas con lugares comunes y una escasa aportación.

Por citar sólo dos ejemplos, se ignora totalmente los importantes libros de Vallet de Goytisolo, titulado *Reflexiones sobre Cataluña* (1989), y de Alexandra Wilhelmsen sobre *La formación del pensamiento político del Carlismo (1810-1875)*, temas trabajados directamente en el libro comentado.

Los *apriorismos* y juicios de valor (*v. gr.*, pág. 441 sobre la constitución histórica y moderna) son el soporte más o menos expreso de esta síntesis, cuyos datos parecen dirigirse conforme a una interpretación previa. En este sentido, si el autor rechaza —y lo hace con fundamento— la manipulación terminológica de la Historia efectuada desde ciertos posicionamientos ideológicos nacionalistas, bien puede aplicar esta crítica a parte de su propio trabajo, debido a los esquemas previos deslizados en la redacción, los juicios de valor, los calificativos y las descalificaciones.

El autor otorga a la terminología un sentido unívoco y absoluto, excluyente, plenamente sometido a su criterio de razón, olvidando la variabilidad de los parámetros según las distintas épocas y lugares. Por ejemplo, es difícil rechazar las *libertades sociales* anteriores al liberalismo por el hecho de no identificarse con la *Libertad* de esta última ideología.

* * *

Las tesis. La *primera tesis*, formulada con gran acierto desde una perspectiva histórica, es el carácter indiscutible de esa comunidad llamada España, así como —desde la tradición en historia— la actual inadecuación de un Estado uniforme. Creo que, en lo que un historiador alcanza, ambas tesis son acertadas. Sin embargo, discrepo en profundidad en el análisis que el autor realiza de no pocos hitos de la Historia de España, aquejado de insuficiencias, distorsiones y cierta superficialidad.

Una *segunda tesis* del libro es que si bien en cierto que España es indiscutible como comunidad, más lo es por haber experimentado una paulatina y progresiva estructuración territo-

rial. Hoy día, este Estado debería alejarse de una inadecuada uniformidad por lo mismo que el nacionalismo disgregador no comprende la gran comunidad que es España y atenta contra el propio Estado.

El principal elemento que el autor recoge y acoge del pasado es la *decisiva configuración y paulatina profundización del Estado —al final, el estatismo— entendido como algo necesario e inevitable*. Esto hace que la civilización anterior a la revolución Francesa carezca de verdadero valor, de manera que la afirmación de "España" parece más para negar el nacionalismo —de raíz burguesa— que por los contenidos y acontecimientos que la hicieron posible.

Todo indica que *la verdadera realidad de eso que llamamos España y lo que de verdad la vertebra es* —para el autor— *el Estado*. Esto me parece importante. En este sentido, son sin duda las perspectivas de un Menéndez Pelayo las que mejor pueden aclarar la naturaleza de los diferentes sucesos y procesos que ha atravesado la historia de España, y no precisamente la interpretación global de este libro.

* * *

Los contenidos. La organización de los tópicos de este interesante libro es repetitiva y nada original, y sigue la ordenación plasmada en cualquier manual de historia de España del hasta ahora 3º de Bachillerato. Relativa novedad tiene el titular de la Segunda República —"Los intelectuales y la cuestión regional"—, el enfoque del franquismo como reacción centralista y perversión —afirmación sin duda un tanto exagerada que puede aplicarse más propiamente al socialismo— de la idea de España, y el estudio de la territorialidad de la España de nuestros días (caps. XX y XXI, 633-755 págs.).

Este último aspecto se desglosa en el llamado *presente imperfecto*, referido a los perfiles del nuevo Estado (la transición, la constitución y autonomía para todos), y en las *sinrazones de los nacionalismos tanto hacia afuera como hacia adentro*, que no es sino una crítica poco original —aunque interesante, fundada y

polémica—, contra los actuales nacionalismos periféricos o secesionistas. Esta última crítica se desarrolla a través de los tópicos siguientes: la negación de España, el rechazo del modelo del Estado autonómico, los olvidos y falsificación de la Historia, los equívocos del “hecho diferencial”, las reivindicaciones sin fin, la coartada del *europaísmo*, la autoidentificación excluyente con “el país”, el repliegue cultural y la tentación totalitaria, y la desvertebración de la región, asuntos todos ellos de un indudable interés.

* * *

Crítica a los contenidos. Sin pretender realizar una crítica sistemática a los contenidos presentamos algunas observaciones a un libro dirigido al gran público no especializado.

El autor parte del rechazo previo y subjetivo a la sociedad opuesta al liberalismo. Esta crítica se extiende después al liberalismo del siglo XIX por su falta de espíritu auténticamente revolucionario a causa —dice— de su nulo *jacobinismo*. En realidad, yo creo que el liberalismo más que no *querer*, no pudo *hacer*; a excepción de aquellos períodos más turbulentos de la historia de España (tales como 1820-1823, 1868-1874, 1917-1923, 1931-1936).

A pesar de la especialización del autor en Historia medieval, en la que realiza aportaciones interesantes, no parece entender los lazos sociopolíticos de esta importante etapa histórica. Por citar algunos ejemplos, y de los siglos posteriores, ignora las recientes investigaciones sobre el fuerismo, el carlismo, el alán revolucionario del liberalismo. El citado libro de Wilhelmssen —entre otros— muestra como falsedades que don Carlos V —calificado de “ultra”, pág. 442, junto con Zumalacárregui, pág. 457— fuese partidario “de eliminar los sistemas forales” (pág. 443), que el carlismo nada tuviese que ver con los Fueros, y que esta posición política careciese de una raíz y expresión profundamente española (pág. 456). Por otra parte, si se rechaza para hoy día el centralismo territorial del siglo XVIII al XX, sólo quedaría el modelo fuerista, que es esencialmente diferente a las actuales autonomías de carácter delegado del Estado y centralis-

tas en su interior, y ello a pesar de la distorsión realizada por el autor para criticar al Fuero.

Es desafortunado tachar de apasionamiento (pág. 457) a uno de los estudios más importantes de ese profundo investigador que es Rodríguez Garraza, lo que quizás sea reflejo del propio apasionamiento que parece sufrir nuestro autor. González Antón tampoco entiende la coherencia de tránsito que existe entre el nacionalismo racionalista (*v. gr.*, Sieyès) del primer liberalismo y el nacionalismo romántico del siglo XIX; ni advierte que el nacionalismo del siglo XIX fue la puesta en práctica del propio liberalismo y una reacción a la frialdad racionalista de pensadores como Sieyès; ni, al fin, cae en la cuenta que el liberalismo fuese la antesala del socialismo.

Sin negar el esfuerzo de síntesis, los aciertos, y la facilidad con la que se lee este libro, considero que el autor no ha comprendido los principales hitos y el sentido general de la Historia de España. No obstante, en varias ocasiones ofrece una acertada crítica a las posiciones nacionalistas, surgidas éstas durante el siglo pasado en un sentido ajeno y aun contrario a la verdadera historia de España.

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN

Herbert Lottman: LA DEPURACIÓN (*)

La historia de Francia, como la de casi todas las naciones de Europa, se ha forjado, en buena parte, en los campos de batalla. Es una historia de victorias y derrotas en las que el honor de Francia y el de sus ejércitos ha quedado siempre a salvo (casi siempre, pero en fin, hablamos en términos generales).

Esta situación quiebra absolutamente a causa de la derrota infringida a Francia por el ejército alemán en 1940, y no por el hecho de la derrota en sí, sino por el modo en la que ésta se

(*) Ed. Tusquets, col. Andanzas, Madrid, 1998, 547 págs.